

## Solemnidad de Pentecostés.

Con esta fiesta del Espíritu culmina el ciclo pascual, la contemplación del misterio de salvación, y se inicia el ciclo de la Iglesia, el anuncio vivo de Jesús en medio de la historia. En el pueblo de Israel coincidía con la fiesta de la cosecha y era la oportunidad para ofrecer a Dios el producto del trabajo. Ahora, en el tiempo de la Iglesia, somos nosotros el fruto de la obra salvadora de Jesús y hacemos de nuestra vida una alabanza grande con el poder del Espíritu.

La oración colecta que hemos hecho, al inicio de la Eucaristía, le pide al Padre Dios que “no deje de realizar hoy, en el corazón de los creyentes, las mismas maravillas que obró un día en los comienzos de la predicación evangélica”. Eso significa que pedimos a Dios que venga a nosotros, reunidos en su nombre, el Viento fuerte del Espíritu que todo lo renueva, el fuego llameante del Espíritu que todo lo purifica y moldea, y la alabanza gozosa del Espíritu que todo lo llena (Hech. 2,1-10).

Por el bautismo hemos recibido la vida de Cristo y nos hemos incorporado a su Cuerpo como miembros vivos y comprometidos. Somos de Cristo y tenemos el Espíritu, dice hoy Pablo (Rom. 8,8-17), porque “el que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo”. Y si tenemos este Espíritu, en nosotros hay vida, hay pascua, hay fuerza de renovación, hay experiencia de ser hijos de Dios.

Ser hijos es distinto a ser esclavos; vivir como hijos es diferente a vivir como esclavos. Nosotros hemos recibido el Espíritu de Jesús que nos hace hijos y nos permite vivir como hijos, en la libertad, la alegría y el amor. Todo aquel que recae en la esclavitud del pecado y el dominio de las pasiones, ha perdido el Espíritu o no es consciente de lo que significa su vida bautismal. La fiesta de hoy nos recuerda que tenemos el Espíritu de Jesús y ese Espíritu nos deja experimentar la alegría de ser hijos amados de Dios y herederos con Cristo de toda la vida y la gloria de Dios.

De ahí, entonces, que necesitemos constantemente renovar esa presencia y esa fuerza, porque corremos el peligro, como dice Pablo, de “apagar el Espíritu” en nosotros, de perder energía en nosotros, de debilitar la vida que Dios he sembrado en nosotros.

El Espíritu aparece, así, como Defensor o Paráclito. La palabra “*parakletós*” es técnica desde hace muchos siglos y se usaba, en el griego, para designar al abogado defensor en un juicio, en oposición al fiscal o acusador. Todos nosotros estamos en medio del mundo y actuamos delante de Dios. Experimentamos constantemente la acción del diablo, que nos ataca y nos acusa, para oponerse al proyecto salvador de Dios sobre nosotros. Pero tenemos también la acción maravillosa del Espíritu, que está a nuestro lado, anima, orienta, apoya, defiende, recuerda la Palabra de Jesús y nos llena de energía y de poder.

El Evangelio de hoy (Jn. 14,15-26) nos dice que por petición directa de Jesús, el Padre Dios nos envía al Paráclito, “para que esté siempre con nosotros” y para que “nos enseñe todo y nos recuerde siempre la Palabra de Jesús”. Nos corresponde a nosotros abrírnos a esa presencia permanente y tener un oído de discípulo, para aprender y recordar el Evangelio de salvación. ¿Se da en nosotros esa generosidad y esa disposición?

Te propongo orar y meditar con esta bella oración de San Juan Eudes:

*“Espíritu Santo, me doy a ti. Toma posesión de mi, conduceme en todo y haz que viva como hijo de Dios, como miembro de Jesucristo, y como quien, por haber nacido de Ti, te pertenece, y debe estar animado, poseído y conducido por Ti. AMEN.”*

*P. Carlos G. Álvarez cjm.*